TEATRO CÓMICO.

LA CASTA SUSANA.

E. M. R.

MADRID.
IMPRENTA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.
1871.

CATÁLOGO

de las obras dramáticas y líricas de la Galería

EL TEATRO CÓMICO.

PROPIEDAD DE MADRID.

Entre dos mundos.
La grandeza de Alcorcon.
Marchar contra corriente.
¿Quién es el padre?
Un noble de nuevo cuño.

PROPIEDAD DE MADRID Y EN PROVINCIAS.

Á lo tuyo, tú.
Anton Perulero.
¡Cáscaras!
Con ayuda de vecino.
Conspiracion negrera.
Conspiradores y duendes.
Combatir por su enemigo.
Desde el pescante al salon.
De peligro en peligro.
D. Ricardo y D. Ramon.
Daniel el corsario.
El alcalde de Móstoles.
El canto del cisne.
El ángel de la guarda.
El ángel de los sauces.
El año del hambre.
El calavera de 50 años.
El destino lo quiere.
El exámen de un marido.
El hombre metódico.
El juramento de Casimiro.
El laurel y la oliva.
El honor de una mujer.
Ellas y ellos.
El médico brujo.
Enredos de vecindad.
Entre un muerto y un verdugo.
El oro y el moro.
El primo de Ruperta.
El Redentor del Mundo.
El rizo de Doña Marta.
El señorito de pueblo.
El último adios.
El vestido de mi mujer.
El secreto de Hortensia.
Francisco Montes.
Flaquezas.
Historia de una maleta.
La aficion y el compás.
La casa del autor.
La caza del leon.
La casta Susana.
La doncella y la señora.
La gota de agua.
La libertad y el poder.
La última entrega.
La última torpeza.
Lances de amor y riqueza.
¡Las Consecuencias!
Las dos sendas de la vida.
Los novios de la viudita.
La chimenea misteriosa.
Los ladrones del bosque.
Marisabidilla.
Mi mujer y mi criado.
No me acuerdo.
Percances de un Adan.
Por amor al presupuesto.
Robo doméstico.
Roncar despierto.
Soy mi tio.
Un drama en los bosques.
Una mujer de azúcar.
Una tormenta.
Un cambio en el personal.
Un hombre formal.
Un elijan.
Una cabeza de hierro.
Un halcon y una paloma.
Vivir al vapor.

LA CASTA SUSANA.

LA CASTA SUSANA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro ESPAÑOL, en la noche del 6 de Diciembre de 1871.

MADRID:

IMPRENTA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.

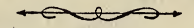
1872.

PERSONAGES.	ACTORES.
JULIANA.	D.ª JOSEFA HIJOSA.
D.ª NIEVES.	« BALBINA VALVERDE
D. MARTIN. (65 *años*) . . .	D. EMILIO MARIO.
D. PEPE. (70.)	» JOSÉ ALISEDO.
CARMONA, *sargento andaluz*,	» RICARDO MORALES
LUIS.	« MAZA.

La accion pasa en Madrid.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO.



Despacho de D. Martin en casa de su hermana: Puerta al foro y laterales.
Al levantarse el telon don Martin aparece poniéndose un cuello y una corbata.—Juliana entra trayendo camisas planchadas en una escusa-baraja.

ESCENA PRIMERA.

DON MARTIN, JULIANA.

JUL. Traigo la ropa planchada
señor.
MAR. Bien, déjala ahí.
JUL. Voy á poner, si usted quiere,
los gemelos de marfil
en una camisa. (Lo hace.)
MAR. Pónlos.
(La chica es un querubin.)
(Dejando de ponerse la corbata y mirando de reojo á Juliana.)
JUL. ¿Qué tal ha dormido usted
esta noche? (Con bondad.)
MAR. Así, así.
JUL. El reuma?..
MAR. No, consiste
en que no puedo dormir.
JUL. Qué lástima!
MAR. (Acercándose.) Y tú, ¿no duermes
tampoco, hermoso alelí?
JUL. Yo...Si señor.
MAR. (Se ha turbado...
Qué barbilla! y qué nariz!)
Ay!
JUL. Qué?

MAR. Que me estrangulaba
al ponerme el corbatin.
JUL. Quiere usted que yo?..
MAR. Sin duda.
(¡Qué modo de sonreir
tiene esta chica!)
JUL. Hago un nudo? (Con coqueteria.)
MAR. Haz cuarenta. (¡Y qué perfil!)
JUL. Ya está.
MAR. (Cambiemos de ideas
porque estoy nervioso y...)
Qué es lo que tiene mi hermana?
JUL. Lo que tiene siempre.
MAR. Esplin.
JUL. Vaya un génio dominante.
MAR. No se la puede sufrir.
JUL. No señor.
MAR. Trae el almuerzo.
Un pedazo de rosbiff;
pero un pedazo decente.....
JUL. Descuide usted, don Martin,
MAR. Me cuidarás, tortolita?
JUL. Harto sabe usté que sí. (Con intencion.)

ESCENA II.

DON MARTIN despues DOÑA NIEVES, con mantilla y rosario.

MAR. Qué monada! qué gracejo!
soy todo un hombre feliz
porque ya no cabe duda;
se está muriendo por mi.
NIEV. Vengo á decirte que estraño
tu manera de vivir.
MAR. Porqué? (Asombrado.)
NIEV. Porque tu conducta
es la de un chisgaravís.
Hermana!
NIEV. Lo dicho dicho.
MAR. No vuelvas á repetir
ese calificativo,
porque lo encuentro incivil.
¿Qué delitos son los mios

para apostrofárme así?
¿No soy el hombre mas recto
de cuantos hay en Madrid?
Asisto yo á comilonas?
Tengo devaneos?

NIEV. Si,
es decir, debes tenerlos.

MAR. Nieves, por las once mil
no disparates.

NIEV. Sostengo
que te estravias, Martin,
porque un hombre que ha cumplido
sesenta y cinco en Abril;
que padece de gastralgias;
que toma agua de Vichy;
y que acude á cada instante
al famoso botiquin
homeopático, ni debe
volver á las once, ni
buscar lances cual pudiera
buscarlos un Amadis.

MAR. Repito que desvarias
Nieves.

NIEV. ¡Qué son para ti
las mil dolencias que puede
causarte el aire sutil,
ni las angustias que paso,
ni los trastornos sin fin
que acarrea el aguardarte
hasta tal hora!

MAR. ¿Es decir?..

NIEV. Que es preciso que reformes
tus costumbres, porque así
te lo digo una y mil veces
ya es imposible seguir.

MAR. Mira: he vivido á tu lado
perfectamente hasta aqui.
Tú viuda y soltero yo
me conceptuaba feliz
al velar por tí, lo mismo
que tú velabas por mí.
He sido para tu hija,

que pronto debe salir
de las Salesas un padre;
he profesado á Luis—
hijo de otro hermano nuestro,
que halló la muerte en el Riff—
tal afecto que me debe
su manera de vivir;
he sido pródigo en suma
con todos—lo saben mil—
pero no sufro que nadie
me llame chisgaravis.

NIEV. Pero hermano...

MAR. Nada, nada—
estoy hecho un polvorin.

NIEV. Comprende que tus achaques
y tus...

MAR. Mi cuerpo es de zinc.

NIEV. Pero medita...

MAR. Y me bato
si es preciso con el Cid.
Quiero comer, ó ayunar
y dormir ó no dormir.
Cuál es mi falta?—Ir con Pepe
á los circos de Madrid,
á los Campos, al Retiro,
á las verbenas...

NIEV. Y allí!..

MAR. Hacer como los demás
ver, pasearme y reir.

NIEV. Pero es que ese Pepe...

MAR. Basta—
con él estudié latin
y ha de ser mi compañero
y mi amigo hasta morir.

NIEV. Como que es tu Mefistófeles!

MAR. Mejor.

NIEV. Si vives así
es por él.

MAR. Mejor.

NIEV. Y cuenta
que te conduce á mal fin.
Hace un mes que no has pisado

la iglesia de San Luis!

MAR. Mira Nieves, acabemos
porque me encuentro febril
y si sigues hostigándome
habrá la de San Quíntin.

NIEV. Bien, bien; me marcho á la Iglesia...

MAR. Lo apruebo.

NIEV. Voy á pedir
al Señor que te ilumine....

MAR. Nieves por las once mil!..

NIEV. Que te apartes de los malos....

MAR. Muger, márchate á Pekin.

ESCENA III.

DON MARTIN, despues JULIANA.

MAR. Este afecto singular
tan sin razon, tan sin juicio
mas que afecto es un suplicio
imposible de aguantar.

JUL. Tome usted el chocolate
(Con una jicara de chocolate.)
señor.

MAR. ¿Chocolate ahora?—
Rosbif!

LUL. Dice la señora
que pide usté un disparate.

MAR. Imposible!

JUL. Hablo de véras;
la carne no le conviene
pues afirma que usté tiene
que comer cosas ligeras.

MAR. Mira el aprecio que hago
(Tirando la jicara por una de las puertas laterales.)
del parecer de mi hermana.
Como, porque tengo gana
porque quiero y porque pago.
¡Tasarme á mi la racion!
Fuego de Dios!—han resuelto
asesinarme, ó se ha vuelto
la casa una Inquisicion.

JUL. Es que...(Con cierto misterio.)

MAR. Habla—te lo pido.
JUL. Como es usté tan sufrido
le están á usted esplotando.
MAR. Eso—pero el «¡qué dirán!»
me hace callar y sufrir
cuando podria vivir
como vive el gran Sultan.
JUL. Pues quien lo duda—un soltero
en su casita.
MAR. (Con misterio.) No acabes;
lo sé.
JUL. Con ama de llaves
criado y demandadero.
MAR. *Ecolo quá!* y sin altivo
preceptor, que inconveniente
chille, alborote, impaciente...
JUL. Sin que se le dé motivo.
MAR. Jamás—pero he dado en ser
débil como una señora,
como un niño, y no sé ahora
de que manera romper.
¿Qué me reserva el mañana
pasados mis dias buenos..?
JUL. Pobre don Martin! (Finjiendo que llora.)
MAR. Tú al ménos
me compadeces Juliana.
JUL. Ay! si señor.
MAR. Ya lo sé.—
Tu amistad es verdadera.
JUL. Y tanto que si pudiera
la vida le diera á usté.
MAR. (En dármela no vacila
por mas que el mundo la increpe!)
¡Oh Juliana!
(Oprimiendo la mano de Juliana con efusion.)
PEP. (Foro izquierda.) Brabo!
MAR. (Contrariado.) (¡Pepe!)
Házme una taza de tila.
(A Juliana con sequedad.)

———

ESCENA IV.

DON MARTIN, DON PEPE.

PEP. Esas tenemos Martin! (*Con mucha intencion.*)
MAR. Yo? que...
PEP. Con jestos te sales!
Cuéntame..¿qué la decias
cuando turbando tus planes,
con harto disgusto mio
he pisado esos umbrales?
MAR. Déjame en paz.
PEP. La tomabas
el pulso?
MAR. Qué disparate!—
Pedia tila.
PEP. —No es cierto!
MAR. Y además quien piensa en lances
de amor cuando está furioso?
PEP. Tú?...en efectó; el semblante...
pues qué es lo que te sucede?
MAR. Lo de siempre.
PEP. Algun ataque
de gota?
MAR. No.
PEP. El histérico?...
La gastralgia?..
MAR. Dale! dale!
PEP. Pero hombre...
MAR. Has dado en la flor
de no hablar mas que de achaques.
PEP. Como ya tenias canas
en tiempo de Calomarde,..
MAR. ¡Efemérides ahora!—
Perdemos las amistades
si sigues asi.—Repito
que lo que tengo es mas grave.
PEP. Pues qué ocurre?
MAR. Que mi hermana
tiene un génio insorportable
y que esta casa se ha vuelto
otro Campo de Agramante.

PEP. Por lo de siempre?
MAR. Sin duda.
PEP. Qué afán!
MAR. Esta dada al Draque
porque dispongo á mi gusto
de mi vida y mis caudales.—
Nada mas.
PEP. Pues francamente
me marcharia á otra parte.
MAR. Y adónde voy?
PEP. A tu casa.
MAR. Lo pensaba hace un instante—
pero irme solo...
PEP. (Con misterio.) Hay un cuarto
en la plazuela del Angel
que para el caso no tiene
precio.—Chico, es admirable!
Chimeneita francesa,
buena luz, papel flamante,
poca escalera, portero...
MAR. ¿Y alquiler?..
PEP. Seis mil reales.
MAR. Y crees que podria yo
vivir solo?
PEP. Como nadie.
MAR. Tienes razon—chimenea, (Meditando.)
mi gran sillon—mi buen catre
de palo santo...
PEP. Despensa
preparada segun arte...
MAR. Y para arreglar la casa....
PEP. Una buena ama de llaves.
MAR. Pues sabes que casi estoy
por hacer el disparate.
PEP. Anímate porque aqui
ván á matarte á pesares,
Has almorzado?
MAR. No.
PEP. Vámonos
á Fornos.
MAR. Hombre me place.
(Tomando su sombrero.)

Bien—tomamos café en Pombo—
en nuestra mesa...y mas tarde...

PEP. Nos vamos á ver el cuarto
de la Plazuela del Angel.

MAR. Te digo que si.
(Poniéndose el sombrero de medio lado Pepe le mira.

PEP. Es preciso
echar un cana al aire.

MAR. Y que se asombre mi hermana.

PEP. Y que alborote y que rabie.

MAR. Libertad!

PEP. Independencia!

MAR. Pues *en avant*.

PEP. Adelante.

ESCENA V.

JULIANA despues CARMONA.

JUL. Traigo la tila—Señor... (Llamando,)
pues no se marcha á la calle!
ay! qué dos viejos!— de fijo
que acaban en los orates.
¿Qué hago yo con esto?
(Carmona entra con pantalon negro—levita y gorra de cuartel de infanteria—Entre la levita aparece parte de un tubo de oja de lata—trae un bastoncillo en la mano—Se bebe la tila de un sorbo y le vuelve la taza:)

CAR. Trae.

JUL. Ay! Carmona!

CAR. Dios te guarde.

JUL. Tú por Madrid!

CAR. Con pasensia
ar fin consigue un sargento
que le larguen la lisensia.

JUL. Cuánto he llorado tu ausencia.

CAR. Pús y yo!

JUL. Tú?

CAR. Que no miento,
no—te llevaba, Juliana,
metia en el corason
por tarde, noche y mañana,
y adentro de la canana
y en el forro der murrion.

—Que lo igan Pepe Olivo.....
y el sargento Trapisonda.
Quiá! si no sé como vivo,
porque más dao motivo
pá espiazarme en Ronda.
—¿Porqué no escrivias, dí?
cuando pasaba los dias
sin carma y sin alegrias
ná mas que pensando en tí,
¿jabla, poiqué no escribias?
—¿Pensabas que este sordao
metio en el regimiento
y de too er mundo orvidao
era un tersio é bacalao
sin chispa d'intendimiento?
¿O fatigá, salerito,
aguarda d'esta paloma (Sacando la licencia.)
buscabas un señorito
mas sumbon y mas bonito
asi....pá dame una groma?
—Responde niña veleta,
ántes que guerba á ejarte,
jáblame ya sin careta
y merco una bayoneta
y me paso é parte á parte.

JUL. Quieres callarte, Carmona,—
¿no te he mandado dinero
dos veces á Barcelona?

CAR. Es verdá.

JUL. ¿Y no te quiero
desde que te ví en Pamplona?

CAR. Pest! (Con duda.)

JUL. Si de aquí tu retrato (Sacándole del pecho.)
no se aparta ni un instante;
si por servirte me mato
¡cómo sospechas, ingrato,
la existencia de ótro amante!

CAR. Bien haya tu pico d'oro
y tu grasia y tu poer.—
Chiquiya, eres un tesoro.

JUL. Desde que te vi te adoro.

CAR. Yo desde ántes de nasé.

JUL. Guason!—¿Irás al altar?
CAR. Quiá!
JUL. Te asusta nuestra union?
CAR. Asustarme!—Quies callá—
pero el que se vá á casá
debe tener posision.
JUL. Si tan largo me lo fias...
CAR. Un sargento lisensiao
encuentra tuitos los dias
donde escribi—no te rias
que escribo mas que el Tostao.
¡Y con una corrision!!...
Envié dende mi tierra
una faitura á London
y el gobierno d'Inglaterra
la premió en la Exposicion.
—Déjame tomá el viento—
chaslá—ponerme levita
y verás como ar momento
encuentro intritinimiento
propio de esta presonita.
JUL. Y luego!...
CAR. A buscá ar cura.
JUL. Palabra formal!...
CAR. Formal!
Pues miento yo criatura?
—Lo que al presente me apura
es que no tengo un rial.
JUL. Malo.
CAR. Como é de pretender
naita si doy espanto, (Mirándose.)
si tú me podias jaser
un empréstito.
JUL. De cuánto?
CAR. Eso á tu gusto mugé,
aunque pa salí d' apuros
y poée guiá mi barca
m' asen farta dose uros.
JUL. Doce—cuéntalos seguros.
CAR. Olé!
JUL. Los tengo en mi arca.
CAR. Conque eres capitalista!

JUL. No chico, mas tengo un plan...—
Conozco el mundo, soy lista...
CAR. Y te vá ajasé corista?
¡cuidiao con un desman,
naá é música, Juliana
si piensa en nuestra union.
JUL. Simple. (Riendo.)
CAR. No me dá la gana
qu' aluego dirán mañana
que estoy tocando el violon.
JUL. El proyecto es mas formal
—tú mismo has de ser testigo
de mi conducta leal.
CAR. Y en suma!.....
JUL. Si lo consigo
tendremos un capital.
CAR. Entonses viva el salero!
JUL. Mas no te opongas...
CAR. Qué risa!
posision es lo que quiero.
JUL. Voy á buscarte el dinero.
CAR. Pus vuela que corre prisa.

ESCENA VI.

CARMONA.

¡Y aluego dise la gente
que las mugeres son malas!
Ni el ejérsito español,
ni los fuertes, ni la escuadra
ni toito er mundo—vale
lo que vale esta muchacha.

ESCENA VII.

CARMONA, LUIS, UN MOZO con una maleta.

LUIS. Deje usted en aquel cuarto
(Indicando sl mozo la puerta lateral izquierda.)
el equipage—(¿Y mi tia?—
no hay nadie.)
(Mirando por las puertas laterales derechas.)
(Mirando á Carmona) (¿Quién será
este perdido?)
CAR. (Me mira.)

soy primo de la donseya,
—he llegao de Seviya
con mi arsoluta.

LUIS. (Algun novio.)
Tome usted—qué?—ah! propina.
(Paga al mozo—este se marcha.)

CAR. Mas que sea indiscrecion,
llega osté d' Andalucia?

LUIS. Diga usted á la criada
que entre. (Indicando su cuarto.)

CAR. Si corre prisa...

LUIS. No. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VIII.

CARMONA, despues JULIANA.

CAR. Pues ya tié pá rato
como otro no se lo iga.
¡Vaya una persemponpeya
con que manda á la melisia!

JUL. Toma y márchate al momento (Le dá dineró.)
—la señora vuelve

CAR. Atísa!
¿Y adónde te veo?

JUL. Enfrente.

CAR. En esa guñueleria?
Corriente—Huy! vales mas!
dose uros—Qué levita
y qué chistera!—Cuidiao
con que fartes, arma mia.

ESCENA IX.

JULIANA.

Vaya un muchacho dispuesto!
Qué pico!—Qué distincion!
—Pronto con mi proteccion
alcanzará un alto puesto.
Nos unirá estrecho lazo...
—Su dulce mitad seré.
¡Y qué tono me daré
cuando me apoye en su brazo!

ESCENA X.

DOÑA NIEVES, JULIANA.

NIEV. No tiene usted que hacer mas
que estarse pavoneando!

JUL. No me pavoneo.

NIEV. ¿Cuándo
trabaja usté aquí?—Jamás.

JUL. Pero señora ..

NIEV. Me quejo
con razon.

JUL. (Jesús, qué harpia!)
Qué hago yo?

NIEV. Pasar el dia
contemplándose al espejo;
ó en amena discusion
con alguna otra eminencia.

JUL. Yo?

NIEV. De potencia á potencia
y de balcon á balcon.

JUL. Oiga usted, soy planchadora
y no rústica asturiana.

NIEV. No me chille usted, Juliana.

JUL. No me falte usted, señora.

NIEV. Quien falta es usted que á mas
de ostentar su poco juicio
tiene el indomable vicio
de no callarse jamás.—
Usted que hallando momentos
en que yo estoy descuidada
desmoraliza y enfada
á mi hermano con sus cuentos.
Usted que de un modo vil,
artero, imprudente, loco,
vá encendiendo poco á poco
aquí la guerra civil.

JUL. Yo?

NIEV. Si tal.

JUL. Pues si no hablo
con el amo.—Está mas sério
y mas ..

NIEV. —Basta de misterio—

tiró de la manta el diablo.
Sé lo que usted proyectó;
conozco su plan...su fin;
pero entre usted y Martin
sabré interponerme yó.

JUL. Usted?

NIEV. Yo!

JUL. Estamos frescos!

NIEV. Sí; diga usté »nos lucimos!»
porque, hija, basta de mimos
basta de halagos sardescos;
nadie se burla de mi.

JUL. Pues basta tambien de afrenta,
—ajústeme usté la cuenta
que ya estoy demás aquí.

NIEV. Jesús! al punto.

JUL. (Me abrasa!)
Cuando llegue el amo...

NIEV. Qué?..
Dirá que se calle usté
porque yo estoy en mi casa.

JUL. Eso es lo que no sabemos.

NIEV. Le digo á usted que aunque estalle
la pondrá á usted en la calle.

JUL. Lo veremos.

NIEV. Lo veremos.

ESCENA XI.

JULIANA, despues DON MARTIN, DON PEPE Y LUIS detrás del portier de su cuarto.

JUL. Y se ha de reir de mi?
Ni aunque tuviera mas miles
que tiene el Banco de España
guardados entre tabiques.
(Se sienta y se enjuga los ojos con el delantal.)

PEP. Pero volver por cigarros...

MAR. Los tuyos huelen á almizcle.
Qué es esto?
(Reparando en Juliana que solloza mas fuerte.)

PEP. ¿Porqué sollozas
Julianita? ¿qué te aflige?

JUL. Ay! señor!
MAR. Te has dado un golpe?
JUL. Ojalá! (Gritando.)
MAR. Habla, no grites.
LUIS. (Qué es lo que sucede aquí!)
(Aparece detrás del portier en mangas de camisa.)
MAR. Pero muger pon un dique
á tu llanto, que esa pena
es para mí irresistible.
JUL. Despedida por usté!
MAR. Por mí?—Qué es lo que me dices?
JUL. Porque le tengo á usted mucha
ley, aaa!..y porque sensible
me duelo de verle á usted
solo, abandonado y triste.
MAR. Y mi hermana ha pretendido?..
JUL. Que con cuentos y con chismes
enciendo yo aqui la guerra
civil; que usted es un tigre;
y este señor un farsante;
y yo una muger temible.
Ha dicho en fin tales cosas
que no pueden repetirse.
MAR. Un tigre yo!
PEP. Yo un farsante!
LUIS. (La tal doncella es un dije.)
PEP. Qué infamia!
MAR. Qué groseria!
PEP. Ya no es señora...
MAR. Es esfinge.
JUL. Que ustedes...lo...pasen...bien
MAR. ...me voy...(Indicacion de marcharse.—Solloza.)
MAR. Qué es eso de irte!
(Haciéndola que siente de nuevo.)
Yo te apoyo desde ahora.
PEP. Brabo! conducta sublime!
LUIS. (Esto se complica.)
MAR. Basta—
se acabó—quiero ser libre,
y en prueba de ello ..(Habla bajo á Pepe.)
PEP. Está bien.
MAR. La paciencia tiene limites

y pronto verá mi hermana
que sé conducir mi esquife
sin dueña, sin rodrigon,
y sin curador *ad litem.*
Llegar la infamia hasta el punto
de impedir que se me cuide!
Tengo el humor de un Calígula
y la fuerza de un Alcides.
—Voy á buscarte dinero
y si al punto no consigues
lo que deseo, me marcho
esta noche á los Alduides.

ESCENA XI.

DON PEPE, JULIANA, LUIS.

PEP. Sabiendo que te protejo
tambien, ¿porqué no sonries?
JUL. Señor.
PEP. Tienes una cara (Con pasion concentrada.)
angelical!
LUIS. (Otro Alcides
fronterizo.—Pues ya sé
cuanto sucede.) (Desaparece.)
PEP. Es un mimbre
tu talle...
JUL. Don Martin vuelve...(Asustada.)
MAR. Toma Pepe y no te olvides. (Le habla bajo.)
PEP. Al momento.—(Me declaro
por que la chica es un lince
y ya sabe que estoy muerto
por sus diez y nueve abriles.)

ESCENA XIII.

DON MARTIN, JULIANA.

MAR. Vás á ser franca conmigo.
JUL. Franca soy siempre.
MAR. Lo creo—
hoy pongo casa y deseo
saber si cuento contigo.
JUL. Dispénseme usté..... (Haciendo dengues.)

MAR. Ni acabes,
ni hagas que afectuoso escite
tu buen corazon—admite
el puesto de ama de llaves.
¿Quién se encontrará mejor?
Tú dispondrás á tu antojo,
á tu gusto.....

JUL. Y el sonrojo
de que ande en lenguas mi honor?

MAR. Aumentaré tu soldada
hasta el tipo que te cuadre.

JUL. No señor—tengo una madre
que peca de recatada.

MAR. Yo soy todo un caballero.

JUL. Harto debe usted saber
lo que pierde la muger
que sirve con un soltero.
Se abulta su poco juicio;
se dice:—«dará un mal paso»—

MAR. Qué niñada!—este es el caso
de que hagas un sacrificio.
—Olvida la sociedad;
desprecia su ruin encono
y muévate el abandono
en que me encuentro á mi edad.
—Hastiado, fuera de quicio
sin una ama de gobierno,
mi casa será un infierno,
y mi existencia un suplicio.
Lágrimas hay en mis ojos.

JUL. Ah! señor...

MAR. Qué mas esperas?
—Muger de mármol no quieras
que te lo pida de hinojos...

JUL. No—ya no puedo mas ....

MAR. Qué?
¿Accedes á lo que pido?
Habla por Dios.

JUL. —Me he perdido!
—Seré su ama de usté.

MAR. Oh! delicioso momento!

JUL. (Por fin hallé un acomodo

en regla.)

MAR. Dispónlo todo
pues nos vamos al momento.

JUL. Bien está.

MAR. Vuela, Juliana,
que no quiero un solo dia
aguantar la tirania
insufrible de mi hermana.

ESCENA XIV.

DON MARTIN, DOÑA NIEVES.

NIEV. Con ella! era natural.

MAR. Era natural ¡con ella!

NIEV. Ya te habrá dicho sin duda
que voy á darla su cuenta?

MAR. Si.

NIEV. Y su cartilla.

MAR. Si.

NIEV. Y que la pongo en la puerta?
—Me alegro.

MAR. Tambien me alegro,
que estarás de enhorabuena.

NIEV. Tienes razon.

MAR. ¿Y qué causa
te ha decidido?...

NIEV. ¿No aciertas
ninguna?

MAR. No—yo creia
que esa muchacha era buena,
cristiana...

NIEV. Pues la despido
porque enciende aquí la tea
de la discordia.

MAR. ¿Es posible?

NIEV. Porque cambia tus ideas
de órden.

MAR. Si?

NIEV. Porque en fin
te trastorna con sus muecas,
con sus mimos inmorales,
con sus dengues y promesas.

—Porque hace de tí un dandy
un currutaco, un tronera,
que inspira desprecio y lástima
á las personas honestas.
—Por eso—por eso, hermano,
la despido.

MAR. Qué prudencia
Nieves!—no tendrias precio
para ser madre abadesa
ó maestra de educandas
de algun convento de Huelgas.
—Habrás dicho:—Obrando asi,
«mi hermano entrará en vereda.»—
—¿No es cierto?

NIEV. Precisamente.

MAR. Pues ya es árdua la tarea
que te has impuesto, que al fin
no soy un niño.

NIEV. —Se empieza
y luego...

MAR. No, Nieves, no—
es funesto tu sistema
por mas que tú lo asimiles
á la mejor panacea.
¿Pues no sabes que los hombres
han roto ya sus cadenas?
¿No comprendes que ese afán
de oponerte á mis ideas
es la manera mejor
de hacer que me aferre á ellas?

NIEV. Es decir, que no varias!

MAR. No hermana—en vano te empeñas
que soy libre y como tal
quiero vivìr.—Buena fuera
que riñera con las gentes
que sin interés me aprecian!
Desde este momento mismo
haré cuanto me convenga.

NIEV. Eso—no será en mi casa.

MAR. No—será en la mia.

NIEV. ¡Intentas
mudarte?

MAR. Precisamente.
NIEV. Tú! tú?... (Riendo á carcajadas.)
MAR. Rie lo que quieras.
NIEV. A tus años poner casa!.....
No he visto igual ocurrencia.
MAR. Qué te estraña!—cada dia
se aprende una cosa nueva.
NIEV. ¿Y tomas el edificio
de Cordero?
MAR. Pobre nécia!
NIEV. Si estás chocheando.
MAR. Basta.
NIEV. Has perdido la cabeza
porque tu plan de mudarte
es digno de una comedia.
MAR. Pues comedia ó no, me marcho
y basta de impertinencias
porque estoy tal que podria
costarte cara la fiesta.
NIEV. Solo falta que me pegues.
MAR. Es que si en ello te empeñas...!
NIEV. Orate!
MAR. Arpia!
NIEV. Insolente!

ESCENA XV.

DICHOS, LUIS en trage de calle.

LUIS. Termine ya la querella.
MAR. NIEV. Luis!...
LUIS. Llego de Alicante
con dos meses de licencia.
NIEV. Pues cómo no has avisado?..
LUIS. Estaban ustedes fuera—
me instalé— y desde mi antiguo
cuarto he visto con sorpresa
lo que sucede.
MAR. Esta casa
es un infierno.
NIEV. Una hoguera.
Luís, soy muy desgraciada...(Llorando.)
LUIS. Vamos, tía...

MAR. No la creas.
Soy el víctima.
NIEV. Se ha vuelto
un leon.
MAR. Ella una hiena.
LUIS. Que nos oyen los criados,
tio.
NIEV. Es fuerza que lo sepas
Luis.—No es el hombre digno
que consolaba las penas
de su hermana; que debia
enlazarte con Hortensia,
modelo de aplicacion
y de juicio en las Salesas.
—Es el revolucionario:
el socialista, el tronera
que solo piensa en tertulias
en bromas y en francachelas.
—Es el orate que quiere
montar casa — casa puesta,
con aquel refinamiento
del tiempo de la regencia
para vivir como un turco,
como un negro de Guinea.
MAR. Eso—eso es lo que quiero.
NIEV. Le oyes!
MAR. Y si te empeñas
mando alhajar doce pisos
para doce fosforeras.
LUIS. Y hará usted bien. (Con naturalidad.)
NIEV. Él!
LUIS. Sin duda.
NIEV. Qué es lo que escucho!—Le apruebas?
LUIS. Y le animo.— ¿No ha gastado
una parte de su hacienda
con nosotros?— No le debo
mi destino y mi carrera,
cuanto soy..?
MAR. Gracias, Luis.—
LUIS. Haga usted lo que desea
seguro de que le aplaudo
con toda mi alma.

NIEV. Observa...
LUIS. Pero no es libre?
MAR. Eso es—
figúrate á los sesenta!...
NIEV. Pero...
LUIS. Sea usted dichoso;
busque usted la independencia
que es el bien mas apreciable
que puede haber en la tierra,
y no se acuerde usted mas
de esta casa.
NIEV. Quién creyera!
Tú tan razonable...
LUIS. Tia...
MAR. Eso mismo te condena.—
Eso.
NIEV. A mí no se me aturde
jamás con palabras huecas.
Diga Luis lo que guste
vás en pós de la miseria,
de la pena, del hastío,
de la abyeccion mas completa.
¡Qué no tendrás que sufrir
con amas y cocineras
novios, ladrones, porteros,
pedigüeños.— ¿Mas quién piensa
en tamaño desatino?
Aqui estás y aqui te quedas.
MAR. Respondes de ello?
NIEV. Respondo.

ESCENA XVI.

DICHOS, PEPE, con un recibo de inquilinato que entrega á don Martin.

PEP. Martin...
MAR. Mira mi respuesta.
(Enseñando el recibo á doña Nieves.)
NIEV. Qué veo! has tomado un cuarto?
PEP. Yo, señora.
NIEV. Usted ha sido
su perdicion!

PEP. Lo ha querido.
MAR. Si hermana y ya vés que parto.
LUIS. El sitio es inmejorable.
(Tomando el recibo y devolviéndoselo á don Martin.)
PEP. ¡Y amueblan el piso!... (Haciendo exageraciones.)
MAR. Bien.
Me alegro!
NIEV. Quė! usté tambien..?
PEP. Si señora.
NIEV. (Á media voz á Pepe.) Miserable!
PEP. Gracias— nunca olvido nada. (Á Luis.)
(Me complace su tormento.)
Vamos Martin?...
MAR. Al momento.
PEP. Esperas...
MAR. A la criada.

ESCENA XVII.

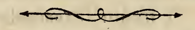
DICHOS, JULIANA, muy compuesta trae en la mano sacos de noche, paraguas, bastones— la siguen dos mozos arrastrando maletas, etc.—Mucha animacion hasta el fin de la escena.

JUL. Nos marchamos? (Con mucha familiaridad).
MAR. Ahora mismo.
NIEV. Vá usted con él!
JUL. (Dándose importancia.) Sí señora.
NIEV. A vivir con él!—Ahora
comprendo vuestro cinismo.
¡Qué hombres! Son abedules,
alcornoques! (Fuera de sí.)
PEP. Adelante. (Ayudando á los mozos.)
JUL. Esas lias al instante...
PEP. Los bastones.
MAR. Los baules.
JUL. Vamos.
NIEV. Has roto conmigo
por un ser ruin y villano;
mas tén por seguro, hermano,
que no tardará el castigo.
JUL. ¡Yo!... (Dirigiendose á Nieves con aire agresivo.)
MAR. Eh! (Interponiéndose,)
NIEV. Será tu torcedor.

JUL. Pero... (El mismo juego.)
MAR. Callando (El mismo juego.)
NIEV. (Gritando.) Tu yugo,
tu tirano, tu verdugo...
PEP. Mejor. (Levantando unos paraguas.)
JUL. Mejor. (Idem con un saco de noche.)
MAR. Y mejor! (Tomando el sombrero.)
(Se marchan con los mozos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Gabinete de paso en casa de D. Martin.—Primero y segundo bastidor de la izquierda balcones.—Primero derecha cuarto de don Martin.—Segundo derecha cuarto de Juliana.—Puerta al foro. —A la derecha de esta un secreter sobre el cual hay esparramados peines, guantes y trabillas.—A la izquierda un armario con bajilla.—En primer término un sofá y sobre este un vestido de percal, un pañuelo, y unas botinas de mujer.—Sobre las sillas prendas de vestir de D. Martin colocadas sin órden.—Al lado de una silla por el suelo cuellos y camisas planchadas.

Al levantarse el telon el teatro aparece á oscuras.—Entran del brazo andando de puntillas Carmona y Juliana.—Uno y otro están vestidos con elegancia exajerada.

ESCENA PRIMERA.

JULIANA, CARMONA.

CAR. Abre er barcon. (Tropieza contra una silla.)
JUL. No hagas ruido
por Dios. (Dirigiéndose á un balcon.)
CAR. Ay! contra esta siya
me he majao una espiniya.
JUL. Jesús! (Indicándole que calle.)
CAR. Estará dormio. (Juliana abre un balcon.)
Cómo ha de creer que gorbemos
de Capeyanes.
JUL. Mas bajo.
CAR. Pús no tiés tú mal trabajo
conmigo.
JUL. Luego hablaremos.
CAR. Qué noche! qu'argarabia!
y yo ayi con mi chistera...
—Como qu'an creio qu'era
un conde d' Andalusia.

JUL. Pues y yo!

CAR. Ni una surtana.

JUL. Seda. (Haciéndole tocar el vestido.)

CAR. Que es mú rebonito.
—Veo que tu señorito
sabe apreciarte, Juliana.

JUL. Pues ya lo creo!

CAR. Es urgente
que me coloque.

JUL. Hablaré
hoy sin mas tardar y haré
que te nombre su escribiente.

CAR. Bien Julianiya, lo estimo.

JUL. Hace cuanto se desea.

CAR. Probe señó.—Una idea:
le ises que soy tu primo.

JUL. Descuida.

CAR. El baile dá una hambre..!
(Abriendo la boca.)

JUL. Dá dolor de muelas.
(Llevándose las manos á las mejillas.)

CAR. No,
hambre.

JUL. Pues allí guardó
el amo... (Indicando al armario.)

CAR. Mira venga er fiambre.
(Abre el armario y saca un pastel.)
Bien por los mosos astutos.
Ya he dao con un pastel.—
Qué rico!—Acabo con él
antes de sinco minutos.
No quiés que te parta un cacho?
Huele á espliego y sarsamora.

JUL. Quién puede llamar ahora?
(Se oye una campanilla.)
Vete corriendo al despacho.

CAR. Mutis.
(Se marchan Carmona foro derecha.—Juliana foro derecha.)

———

ESCENA II.

DON MARTIN, sale de su alcoba bostezando. Trae bata y gorro de dormir.

Qué noche tan buena!
Qué independencia! qué calma!
Porque viví tantos años
sin libertad y sin casa?
Juliana estará durmiendo.
—Ya se vé, como trabaja
tanto.—Y hay nécios que aseguran
que ya en Madrid no hay criadas!
—Porque no tienen cacúmen;
porque no saben buscarlas.

ESCENA III.

DON MARTIN. LUIS, Juliana atraviesa al foro derecha.

LUIS. Felices tio.
MAR. Muchacho
tú por aqui.—¿Qué te pasa?
LUIS. Como sé que usted madruga...
MAR. Ahora no.—Paso en la cama,
mecido por dulces sueños
casi toda la mañana.
—No me gusta ver salir
el sol.
LUIS. Pues yo deseaba...
saber cómo se halla usted...
MAR. Comprendo.—¿En mi nueva casa?
—Pues sin exageracion,
vivo aquí como un monarca.
LUIS. ¿No ha tenido usted aún
ningun disgustillo?..
MAR. Nada;
y eso que estoy instalado
hace mas de una semana.
LUIS. Esa chica?..
MAR. ¡Si tú vieras
con que cariño me trata!
—No se mima mas á un niño
que está en poder de su ama.

Ella arregla mi peluca;
ella anuda mi corbata
me dá esencias, me cepilla
el sombrero y me acicala.
En fin me tiene encantado.
—No te digo mas.

LUIS. (Y basta.)
Para la mesa tambien?..

MAR. Es una cosa que pasma:
ella sabe c por b,
lo que se vende en la plaza;
lo que está bueno y barato;
lo que es bueno y lo que daña
al estómago.—Ella cose,
borda, representa, canta,
suma, resta, multiplica,
y en fin, dice á la criada
el modo de hacer los fritos
y de preparar las salsas.
Conoce perfectamente
los adelantos de Francia.
Ayer me dió un *volau vant*
y un timbal á la Italiana.

LUIS. (Lo comprarán en la fonda
y dirán que es hecho en casa.)
Por supuesto el gasto?..

MAR. Corto,
aunque yo—aqui en confianza—
no soy de aquellos avaros
que escatiman una blanca.

LUIS. Pues sabe usted que la historia
de timbales y de salsas
me ha dado cierto apetito...

MAR. Qué! de véras tienes gana?

LUIS. Si.

MAR. Pues almuerza conmigo.

LUIS. Temo...

MAR. Vete en hora mala;
—Mira; avisa á Pepe,—vive
en la calle de la Aduana
número tres, principal.
Es hora de que esté en casa—

vendrá contigo y tendremos
un almuerzo de confianza.

LUIS. De pollos. (Con intencion.)

MAR. (Dándole una palmada en el hombro.)
Si, ese es
el nombre que mas nos cuadra
—de pollos.—Ah! dime, has visto
á tu primita?—En tu cara
veo que si—¿Está buena?

LUIS. Si señor.

MAR. Y di?...

LUIS. Me ama
siempre.

MAR. Bien, hombre—ya sabes
que esos amores me agradan.—
Márchate.

LUIS. Antes quisiera
hablar á usted...

MAR. De mi hermana?

LUIS. Han vivido ustedes juntos
tantos años...

MAR. Nada, nada.

LUIS. Todo el dia está llorando...

MAR. Probablemente de rabia.
—En fin, que venga si quiere
de cuando en cuando á mi casa;
pero adviértela por Dios
que no siembre la cizaña
en ella, ni me replique,
ni me hable mal de Juliana.

LUIS. Eso corre de mi cuenta.

MAR. Confio en ti...pero anda.

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Qué almuerzo tan delicioso
vamos á tener.—Juliana ..!(Llamando.)
y eso que ya el pobre Pepe
á pesar de su jactancia
es una ruina ..no bebe
el infeliz mas que agua. (Riendo,)
¡Y qué calavera ha sido!

Como yo!—Ay! cómo pasan
los años!—Pues señor, debo
lucirme.—Que no echen nada
de ménos para que envidien
el bienestar de esta casa
y el esmero singular
conque me sirve mi ama.
—Mas cómo no sale hoy?
Estará fuera de casa.
Juliana!

ESCENA V.

DON MARTIN, JULIANA.

Con otro vestido y un pañuelo atado debajo de la barbilla,

JUL. No grite usté
señorito.
MAR. Qué estoy viendo!
Tú enferma!
JUL. Me estoy muriendo.
(Dejándose caer sobre el sofá.)
MAR. De qué Juliana? de qué? (Muy apurado.)
—Habla, que me desconsuelas.
—¿Dónde sientes el dolor?
En el pecho?
JUL. No señor.
MAR. En la garganta?
JUL. En las muelas.
MAR. Respiro—estaba temiendo.....
JUL. Ay! Jesús, Jesús qué mal! (Haciendo estrémos.)
MAR. La noche ha sido?...
JUL. Infernal.
MAR. Un médico. (Indicacion de ir á buscarle.)
JUL. No—durmiendo
se calmará.
MAR. (Con desesperacion.) Ay! que sino
tengo!—No estaba enterado
de tu mal y he convidado
á Pepe y á mi sobrino.
JUL. Jesús!!
MAR. Y no hay medio ya
de impedir...
JUL. Qué tonteria!

MAR. Pero mujer qué sabia?
JUL. Se pregunta. (Con autoridad.)
MAR. Claro está.
JUL. Al fin hará usté que estalle.
MAR. La criada está educada
por ti, y hoy...
JUL. ¡Qué criada
si ayer la puse en la calle!
MAR. Oh! penas desconocidas!
Oh! suerte afrentosa y ruin!
JUL. Y yo señor, don Martin,
no estoy para hacer comidas.
MAR. Harto comprendo, mujer,
que en tus palabras no hay dolo;
vete y me compondré solo
como Dios me dé á entender.
JUL. Eso jamás.
MAR. Yo te eximo
del servicio.
JUL. Bueno fuera...
MAR. Obedece. (Llevándola hácia el foro derecha.)
JUL. Antes quisiera
presentar á usté mi primo.
MAR. A tu primo!—¿Desde cuando
tienes tú primos, Juliana?
JUL. Ha venido esta mañana
y está en la sala agnardando.
Es un muchacho hasta allí—
en Carratraca nacido,
se puede decir que ha sido
un hermano para mi.
Ha recibido instruccion,
tiene una alma bien templada
y viene á Madrid sin nada
á buscar colocacion.
Si he de ser franca, me pesa
hablar á usté de este asunto,
pero es primo...
MAR. Que entre al punto
JUL. Primo!

ESCENA VI.

DON MARTIN, CARMONA Y JULIANA.

CAR. Servior d'osté.
JUL. Quiere el amo...
CAR. Ispisionarme?—
Pues empiese osté á mirarme
de la cabeza á los pié
sin reparos ni prefiles.
—Conosco un poquito er mundo;
he sio cabo segundo
de la cuarta de Arapiles.
Luego en el pernunsamiento
de Málaga, peleando
sin saber como ni cuando
m'arsendieron á sargento,
pero no quise en la guerra
alcansá mas graduasion
porque le tengo afision
al pan que cria mi tierra.
—Escribo mas que el Tostao;
soy servisial,—nunca miento,
y aquí traigo el decumento
de como soy lisensiao.
Me yamo Diego Carmona
y por mote «*er figurin*,»
conque señó on Martin
dispongasté é mi presona.
MAR. Si se presenta ocasion...
y si depende de mi...
JUL. Pero señorito, aquí
puede hallar colocacion.
MAR. Aquí?
CAR. Si usté consintiera...
MAR. Para que quiero escribiente?
CAR. Pá llevale á osté corriente
la cuenta é la lavandera.
MAR. Gracias.
CAR. O leele á osté er diario.
MAR. Tampoco.
CAR. Componé cajas
viejas, apañá navajas;

tené corriente er vistuario
enseñale la istrucion,
cantá, tañé la vigüela
ó arrancarle á osté las muela
si tiene osté una flusion.

MAR. Cuerno!

JUL. Mi primo vendria
un rato por la mañana...

CAR. Se lo pie á osté Juliana,
on Martin...

JUL. Y yo estaria
mas tranquila y mas dichosa.

MAR. (¡Qué corazon!)—Bien; consiento
por ti, siempre que su intento
sea buscar otra cosa.

JUL. Ay!! (Llevándose las manos á la cara.)

MAR. Vuelve?

CAR. Qué tienes, di?

MAR. La noche ha sido infernal. (Indicando á Juliana.)

CAR. Sabe osté... (Asustado á D. Martin.)

JUL. (Aparte á Carmona) (Calla animal.)

CAR. (Es verdad, pues no crei...)
apriétale con la mano
que ese doló guerve loco.

(Don Martin escribe precípitadamente una receta—no se sienta.)

JUL. Jesús!

MAR. Traiga usted un poco
(Dando la receta á Carmona.)
de basilicon romano.

CAR. De *bobilicon*...?

MAR. Y tú
vete á la cama volando.
(Conduciéndola hácia el foro.)

JUL. No, señor, no. (Haciendo dengues.)

MAR. Te lo mando.
¡Qué genio de Belcebú! (Juliana se marcha.)
Ah! deje usted entornada
la puerta. (A Carmona.)

CAR. Yo? no adivino!...

MAR. Porque vendrá mi sobrino
y no tenemos criada.

ESCENA VII.

DON MARTIN.

Si no fuese esa muchacha
un verdadero tesoro
seria el tal compromiso
para volverse uno loco.
¿Cómo les llevo á la fonda
cuando traen el propósito
de averigüar si son justos
mis reiterados elogios,
sobre lo bien que me sirven
y sobre lo bien que como?
Si mando traer manjares
de otro sitio... Qué! tampoco,
Pepe conoce á la legua
lo que se prepara en Fornos
y en Lhardy y en todas partes,
porque no existe en el globo
ni quien indague mas que él
ni quien sea mas goloso.
Hay que buscar un recurso
para salir de este ahogo.
(Despues de meditar)
Pues señor... yo haré el almuerzo,
yo mismo—aunque sea el colmo
del ridiculo.—Guardé
un foigras.—Calle! ni asomo...
cosa mas particular.....
Aqui hay ratones y gordos.
Otro apuro—Haré jamon
con huevos.—Divino!—pongo
mi mesa—traigo el manjar
único y digo lloroso:
«Que el almuerzo era soberbio
»mas que por desgracia, todo
»ha caido entre los dientes
»de un abominable dogo;
»que las criadas están
»lanzando al aire sollozos
»estupendos y que yo
»tengo que servirme solo.

El hecho no es verosímil
pero salva mi decoro.
—Busquemos lo necesario...
valor.—Aquí tengo un tomo
(Tomando un libro que está sobre la mesa.)
de «El cocinero real.»
—El jamon se frie solo.
(Se marcha foro derecha.—Despues entra Pepe foro izquierda.)

ESCENA VIII.

DON PEPE.

Martin...—¿á dónde se marcha
ese Tenorio andaluz
que no me vé?—A preguntar
á qué precio está el atun,
ó cual cumple á un paladin
á decir á su «virtud»:
—Te idolatro.»—Si él supiera,
que yo que no soy ningun
Narciso, tengo hechizada
á esa peregrina luz
que eclipsa á cuantas estrellas
fulguran de Norte á Sur!
—Si supiera que sonrie
con dulce beatitud
cuando la miro y que tengo
en mí pecho un *Simeun*...
No resiste estos pendientes
(Lo saca del estuche y los mira al soslayo.)
—Oro con esmalte azul—
¡y la sortija!

ESCENA IX.

DON PEPE, DOÑA NIEVES.

Entra foro izquierda y baja observando á don Pepe que hechizado con los pendientes no la vé.

NIEV. (Don Pepe!)
PEP. —No regala esto un astur.
NIEV. (Joyas!—ya sé para quien,
vejete sin rectitud,
sin religion, sin principios.)
Son primorosos. (Con mucha intencion.)

PEP. (Guardándolos con viveza.)(Jesús!)
NIEV. ¿Se los trae usté á mi hermano?
PEP. (Quisiera estar en Corfú.)
NIEV. Ó á su ama?
PEP. Al Preste Juan.
NIEV. No vale usté un altramúz.
PEP. —Señora!..
NIEV. Tal para cual.
PEP. Mejor.
NIEV. En la senectud!
PEP. ¿Pero es usted la Sibila
que atormentaba á Saul?
NIEV. —No señor.—Soy la conciencia;
soy el sentido comun...
PEP. Falso.
NIEV. Soy la razon misma.
PEP. Pues buen provecho y abur.
NIEV. Si; vaya usted á engañar
á su camarada.
PEP. Uff!
NIEV. A su amigo de la infancia.
—Véndale usted.

(Siguiendo á don Pepe que vá de un lado á otro.)

PEP. Tengo el croup.
NIEV. Diviértase usté á su costa.
PEP. (No es mujer, es Belcebú.)
NIEV. Y luego de un sofocon
llévele usté al ataud.
—¡Qué mayor prueba de afecto!
Aqui tiene usté el Perú;
y las minas de Golconda,
y ninfas de Stambul;
y las delicias de Cápua...
PEP. (Y el infierno... que eres tú.)
NIEV. Me dá usted lástima. (Riendo.)
PEP. Gracias.
(No puede haber igual cruz.)
NIEV. Voy á ver este palacio
morisco...

(Entra riendo en el cuarto de don Martin.)

ESCENA X.

DON PEPE.

Si fuese un...
ó si tuviera en la mano
una caña de bambú!...
¡Venirme á mi á recordar
los preceptos del Talmud...!
—Si la tuviera por cónyuge
me ahorcara de un abedul.
Pues ya verá—por lo mismo
voy á jugar el albur.—
Si hallase á Juliana sola.....
—Esto exige prontitud
y valor..,

(Se marcha foro derecha.—Entra don Luis mirando hácia la puerta que se supone dá paso á la calle.)

ESCENA XI.

LUIS.

La puerta abierta
de par en par... y no hay nadie—
creo que mi pobre tio
está aqui como en la calle.
—Voy á decirle .. (Entra en el segundo bastidor.)

ESCENA XII.

D. MARTIN, con una esportilla de carbon y un fuelle debajo del brazo y sugeto con el mismo dos frascos de conserva de tomate.—Despu es DON PEPE, DOÑA NIEVES Y LUIS.

MAR. He dispuesto
poner salsa de tomate
al jamon, mas no sé el modo
de echarla.—Abramos el arte
de cocina á ver que dice,
porque el caso es apremiante.
PEP. Dónde estará? (Sale pesantivo.)
MAR. (Sin saber que hacer.) (¡Dios de Abraham!
Pepe!)
NIEV. (Qué casa!) (Sale santiguándose.)
MAR. (Otro lance.)

LUIS. Tio.
MAR. Uff!
PEP. Estás de máscara?
MAR. (Porque el globo no se abre!)
LUIS. Con mandil...
PEP. Y con carbon...
NIEV. Y con frascos de tomate! (Riendo.)
MAR. Si.—(Quisiera estar ahora
en la cima de los Andes.)
PEP. Qué es esto?
NIEV. ¿Acaso Juliana
te ha nombrado su ayudante
de cocina?
MAR. Qué locura!
Ella... yo...
LUIS. No hay que apurarle—
está guisando por gusto.
MAR. Eso. (Respirando.)
LUIS. He visto personages
que preparaban almíbar
y gelatinas y flanes...
MAR. Es muy comun—además
he querido festejarte. (A Pepe.)
PEP. Hombre! ¿y con qué?—Dímelo.
¿Con un salmi de faisanes?
MAR. Estaba haciendo buñuelos
borrachos.
NIEV. Qué disparate! (Riendo:)
MAR. No, de nieve. (Recordando.)
PEP. Hombre con nieve
hacer buñuelos!
MAR. De aire... (Muy turbado.)
NIEV. Si, de las cuatro estaciones.
¿Y quién te ha enseñado?
MAR. (De muy mal humor.) Un fraile.

ESCENA XIII.

DICHOS CARMONA, con un medicamento.

CAR. El *bobalicon*.
MAR. (Imbécil!
calle usté.) (Aparte con viveza.)

CAR. (Sin comprender.) Má dicho er sastre
del portal qu'es prifirible
un emplasto con vinagre.

NIEV. Pues qué tienes?

PEP. Quién está
enfermo?

CAR. El ama de llaves.

PEP.
NIEV. } El ama!!
LUIS.

MAR. Si...(Qué hablador!)

CAR. Es cosa insirnificante,
porque la muchacha come
lo mesmito que su madre,
lo cual...

MAR. Señor amanuense
no le pregunta á usté nadie
nada.—Al despacho.

CAR. Ya voy—
no es er caso pá enfaarse.

ESCENA XIV.

DICHOS ménos CARMONA.

NIEV. Ahora comprendo el apuro
en que te encuentras.

PEP. ¡Quién hace
lo que tú!

LUIS. Quien no lo dice.

PEP. No nos conoces bastante.

MAR. Si, pero dejar á ustedes
sin almorzar!— (Desesperado.)

PEP. No te enfades
que lances de este jaez
suceden en todas partes.

NIEV. Pero no cuando hay una ama
de campanillas!

LUIS. Mas tarde
volveré.....

MAR. Yo siento mucho....

LUIS. Voy ha almorzar á Levante.

PEP. Y yo á buscar un remedio.
para tu ama de llaves.

NIEV. Usted! (Con mucha intencion.)
PEP. Sí señora; yo.—
La Kennisa es admirable
para las muelas.
MAR. Entónces
compra Kennisa y no tardes
porque la pobre muchacha
siente punzadas mortales.

ESCENA XV.

DON MARTIN, DOÑA NIEVES.

NIEV. Buenos servidores tienes!
MAR. Fácil es de comprender.
—Buenos.
NIEV. Así debe ser
cuando á guardarlos te avienes.
MAR. No sé porque te desvelas;
es decir; como no intentes
que despida á mis sirvientes
cuando sufran de las muelas.
NIEV. Ni nada en tu casa soy;
ni he venido á discutir,
solo me atrevo á decir:
—¡Lo que vá de ayer á hoy!
¡Quién este cambio creyera
Martin en tan pocos dias!—
Allá en mi casa reñias
por la cosa mas ligera.
En todo encontrabas dolo,
inercia, ruindad, desvio,
y aquí, pobre hermano mio
tienes que servirte solo.
Allí las cosas mas caras
iban minando tu vida
y aquí tienes por comida
la que tú mismo preparas.
Todos allí—bien lo sabes—
te cuidaban con esmero
y eres aquí el enfermero
de una triste ama de llaves.
No te asombre pues que hoy,
por mas que hablar no me incumba

vuelva á repetir con zumba:
—¡Lo que vá de ayer á hoy!

MAR. Pero he nacido yo en Mártes?
Es nuevo lo que me pasa?
¿Lo que vés en esta casa
no lo vés en todas partes?
¡Mire usted que es mucho afán
de sacarme de mi centro,
cuando aunque rabies, me encuentro
servido como un sultan.

NIEV. Oirte causa rubor.

MAR. No lo echamos á barato—
pruebas.

NIEV. Pues mira, insensato,

(Doña Nieves recoge y arroja al cuarto de Juliana los objetos que indica el diálogo.)

y estremécete de horror.
Un vestido—aquí un pañuelo
sucio...

MAR. Ya se lavará... (Siguiendo á su hermana.)

NIEV. Las botas sobre el sofá.
—Las camisas por el suelo.
Encima del secreter
guantes, peines y trabillas.
—llenas de polvo las sillas
y las camas sin hacer.
En cambio en la carbonera
no habrá cok...

MAR. Le traerán.

NIEV. Ni en la despensa habrá pan;
ni tendrás agua siquiera.

MAR. Esas son suposiciones.

NIEV. Si á fé—puedes estar hueco—
feliz—cuando hasta el chaleco
le tienes ya sin botones.

MAR. Has creido confundirme
sin duda—pues vás á ver
que no degrada el coser...

(Se quita el chaleco—se vuelve á poner la bata—toma una aguja enebrada de un costurero, se sienta en una silla baja; cruza las piernas y empieza á coser.)

NIEV. Qué veo!

MAR. Quiero lucirme.
NIEV. Trae infeliz. (Queriéndole arrancar el chaleco.)
MAR. —Aunque cruja
el órbe.
NIEV. Qué humillacion!
MAR. Admira la distincion
conque manejo la aguja.
—Malo— ya dí con el quid—
corre otra vez—no me iguala
ni la mejor oficiala
que cosa seda en Madrid.
Mira, quedan como clavos. (Tirando del boton.)
NIEV. Esa mujer sin defecto
hace de tí el mas abyecto
y el mas vil de los esclavos.
(Don Martin cose muy de prisa y canta.)
Canta tu feliz destino.
—Canta orate sin enmienda
que andando vás por la senda
que guia á San Bernardino.
MAR. Concluí. (Se pone el chaleco.)
NIEV. Segura estoy
de que he de verte muy pronto
por disípado y por tonto
vendiendo papel de Alcoy.
MAR. Hermana basta de trepe!!
NIEV. Bien, bien, guarda noche y dia
á esa Sultana, alegría
y distraccion de don Pepe.
MAR. De Pepe?—
NIEV. Lo sé muy bien.
MAR. Esa acusacion...!
NIEV. Te exalta;
pero la inícua te falta
y el don Pepito tambien.
MAR. Pepe! habla.
NIEV. Nada exijas
á una hermana impertinente,
—Pregúntale únicamente
á quien regala sortijas; (Volviendo muy de prisa.)
¿quién es su niña mimada;
su bien, su dicha, su encan'o?

—Medita sobre esto, en tanto
que te traigo una criada.

ESCENA XVI.

DON MARTIN.

Jesús!—«Para distraccion
de Pepe»—y él!.—no es posible,
—Se desprecia tan horrible
y tan baja delacion.
No obstante—Pongamos fin (Queriendo olvidar.)
al temor que se ajiganta.
—Si es verdad, en la garganta
le sepulto un espadin.
Mas no, soy un insensato!
Faltarme!—¡qué desatino!
Pero él es un libertino ...
Le mato, hoy mismo—le mato.
¡Infame!—Estoy en un potro,
mi furor no tiene tasa
—¡pensar que yo he puesto casa
para distraccion de otro!
El bribon! el calavera!
Y ella?—la voy...—A qué ir!
Nécio!—Se echará á reir.
¿Acaso no está soltera?
—La despediré mañana—
hoy—ocurrencia famosa!
¡Cuándo para mi es odiosa
la existencia sin Juliana!
(Llamando.) Juliana, vén!—Qué ansiedad!
Si ya no hubiese remedio...
Pepe llega.....—Qué gran medio
de descubrir la verdad!
(Llamando.)Sal Juliana—Es lo mejor
—los dejo—aplaco la ira,
escucho—y sé si es mentira
ó realidad su amor.

ESCENA XVII.

DON PEPE, JULIANA.

PEP. Ah! Juliana... (Sale por el foro izquierda.)
(foro derecha,) ¿No está el amo? (Sorprendida)

Creí... (Bajan.)

PEP. No hay nadie—te amo—
y este cariño es un cáustico
que me abrasa el corazon.
Vague una dulce sonrisa
en tu lábio—tén Kennisa
y aplaca mi amor indómito
cual yo calmo tu fluxion.

JUL. Calle usted, hombre importuno,
que puede escuchar alguno
esas frases estrambóticas.

PEP. No.

JUL. Capáz es don Martin
de hacer algun atropello.

PEP. ¡Y qué te importa ángel bello,
si este corazon volcánico
tan solo late por ti!

JUL. Uff! déjeme usté tranquila.

PEP. Brille en tu negra pupila
oh! mi bien! la llama fúlgida
de la antorcha de la fé.
Para que vuelva mi calma
dime al fin:—«Pepe del alma,
«no llores como un búcefalo,
«que yo tambien te amaré.»—
Arrúllame dueño mio,
como en el bosque sombrio
arrulla á su bien la tórtola.
—No me dejes sucumbir,—
torna afectuoso el semblante,
que codicio un breve instante,
contemplar la gracia angélica
de tu dulce sonreir.

JUL. Vióse mayor desventura!
Corresponder con locura
á quien está ya en el féretro ..?
¡Pues no fuera mala cruz!

PEP. Eso me dices, impía!
Cuando por ti venderia
entre la sombras del báratro
mi existencia á Belcebú!
¿Qué es la edad?—¿Qué es la hermosura?

¿Puede haber mayor locura
que pensar solo en el físico!
Oh! capricho de mujer!
—¿Qué importa tener la cara
enjuta, angulosa, y rara?
¿Qué importa ser un espárrago
cuando se sabe querer?
—¿Acaso puede la nieve
de la edad, templar aleve
el hondo fuego volcánico
que alimenta una pasion?
No—el hombre á su reflejo
se olvida de que es un viejo
y cual inocente párvulo
corre en pós de su ilusion.
—Vamos, hermosa gacela,
valor; tu gusto revela
no hablando mas de ese albérchigo
que se llama don Martin.
Toma en tanto que otras galas
(Ofreciendo los pendientes que Juliana no acepta.)
puedo darte.—Abre tus álas
sobre el ancho mundo espléndido
y cifra tu dicha en mi.
No mas consideraciones.—
Seda—blondas, distraciones—
alegres festines báquicos
hasta perder la razon.

JUL. Jamás.

PEP. ¡Destino nefando!
Mírame á tus piés llorando
cual un zagalon estúpido
de Getafe ó de Alcorcon.

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON MARTIN,
con la peluca despeinada y dando muestras de la violencia
que hace para contenerse.

MAR. ¡Seductor, no puedo mas!
¡No puedo mas, seductor!!

PEP. (Estaba oyendo!)

JUL. Señor;

perdónele usté.

MAR. Jamás.

PEP. Al entrar la encontre aqui...
ella es guapa... yo soy fino...
la... pues...

MAR. Calla, libertino,
ó no respondo de mi.
¡Villano!

PEP. (Estoy en un potro.)

MAR. Mal caballero!

PEP. (Me aplana.....)

MAR. Esta es la casta Susana
y tú aquel viejo.....

PEP. Y tú el otro!

MAR. Yo he sido un noble adalid;
—harto lo cuenta mi historia;
mas tú ¿qué has sido? la escoria
de los pollos de Madrid.
¿En dónde están tus trofeos
nécio pájaro nocturno?
—¿Qué dama de alto coturno
dió pábulo á tus deseos?
—¿En qué sitio?—En qué ocasion?
El lance felíz precisa.
—Tu amor ha causado risa
y tu audacia compasion.

PEP. Aunque mi gloria recuerde
fuera el contestarte mengüá.

MAR. Te voy á arrancar la lengua.

JUL. Ay! que mi señor se pierde.
(Se abraza á don Martin.)

PEP. Delante de una mujer...
y porque estoy indeciso...

MAR. Yo me bato si es preciso
delante de Lucifer.

PEP. Ningun valenton me humilla.

MAR. Ni á mí me causa desvelo.

PEP. A cuatro vencí en Pozuelo.

MAR. A siete maté en Sevilla.

PEP. Jamás cedo.

MAR. Yo jamás.

PEP. Guerra al nécio.

MAR. Fuego al vil.
PEP. Doy cien tajos...
PEP. Yo doy mil.
PEP. Y soy atróz.
MAR. Y yo más.
PEP. Pues si eres lo que yo soy
empuña al instante un hierro
y vente conmigo al cerro.
MAR. Al cerro contigo voy.
PEP. Sin testigos.
MAR. Sin escudo. (Golpeándose el pecho.)
PEP. Y en la cima de San Blas
sin detenernos...
PEP. MAR. (El mismo juego.) Zis, zás.
PEP. Sucumbes.
MAR. Te como crudo!
(Los dos se detienen para toser fuertemente.)
JUL. Por Dios!
PEP. Calmarme no puedes.
JUL. Pero escuche usted, señor.
¿No fuera mucho mejor
que se entendieran ustedes?
¿Quién á combatir les llama?
¿A qué estocadas y heridas
si á mas de esponer sus vidas
pierden ustedes mi fama?
MAR. Es verdad.
JUL. No soy soltera!
—¿No es libre su corazon? (Indicando a D. Pepe.)
Entonces porqué razon
impide usted que me quiera?
¿No es natural y no es justo—
aunque en verdad me sonroja
hablar de esto—que yo escoja
marido segun mi gusto?
Pues si Dios libre me deja;
si he sido tan recatada
que á ninguno he dicho nada
¿quién puede aquí tener queja?
PEP. Es verdad, aunque te aflija.
MAR. Aunque me aflija es verdad.
Infierno!

PEP. Fatalidad!
MAR. Que elija entonces.
PEP. Que elija.
JUL. Horroroso compromiso.
PEP. Con decision.
MAR. Sin vergüenza.
PEP. Que uno acabe.
MAR. Que uno venza.
PEP. Es necesario.
MAR. Es preciso.
PEP. Yo le doy un lindo traje.
MAR. Tengo cinco para ella.
PEP. Yo la tomo una doncella.
MAR. Yo la regalo un carruaje.
PEP. Yo una casa en Rentería
que tiene vistas al mar.
MAR. Y yo un soberbio olivar
que tengo en Andalucía.
PEP. Yo pongo á sus piés ufano
mis fincas una por una.
MAR. Pues yo no doy mi fortuna
solamente—doy mi mano.
(Ofreciéndosela á Juliana.)
PEP. Te casas! (Vencido.)
MAR. Sin dilacion
hasta mi la elevaré.
JUL. Yo, señora!—¿Qué ha hecho usté?
Voy á perder la razon.
(Se vé en Juliana una violenta lucha pero al mismo tiempo una gran alegria.)
Yo rica...—Considerada.....
—Con coche! (Ay Dios! y Carmona?)
PEP. Aunque te dé una corona
no consientas, desgraciada. (A media voz.)
JUL. (Yo nunca preví este caso—
Debo aceptar.) (Fuera de sí.)
PEP. Considera...
JUL. No, no; pase lo que quiera.
(Carmona aparece foro izquierda.—Luego baja y se coloca á la izquierda.)
MAR. Te casas mi bien?
JUL. (Dándole la mano con resolucion.)
Me caso.

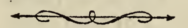
ESCENA XIX.

DICHOS: CARMONA, DOÑA NIEVES, con una criada asturiana.—despues LUIS.

CAR. (Con er viejo!) (Con desesperacion.)
MAR. (Triunfé.)
NIEV. Criada activa y segura.
(Indicando á la asturiana.—D. Martin toma de la mano á Juliana y se la presenta á doña Nieves.)
MAR. Te presento á mi futura. (Con aire solemne.)
JUL. Muy servidora de usté.
(Haciendo una gran reverencia.)
NIEV. Tú!! ¿Tú te casas?
MAR. Lo espero.
NIEV. Con su criada!—Hombre impío!
LUIS. Qué sucede? (Entrando.)
NIEV. Que tu tio
se casa!
LUIS. Bien. (Con naturalidad.)
NIEV. Yo me muero.
(Se desploma sobre una silla.—La criada y Juliana la echan aire.)
MAR. Tú arreglarás con urgencia...
LUIS. Todo.—Pierda usted cuidado.
CAR. (M'as vendio! (Aparte á Juliana con desesperacion.)
PEP. (Á D. Martin con risa sarcástica.)
En el pecado
llevarás la penitencia.
MAR. Aprende vil seductor,
aunque saberlo te aflija
que á D. Martin de Lebrija
nadie le vence en amor,
pues en Madrid, es notorio,
que está por su bizarría
á la altura de Mejía
y á la altura de Tenorio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



La misma decoracion del anterior.

Al levantarse el telon.—Juliana vestida de negro se mira delante de un espejo á la izquierda—una modista arregla los plieges de su vestido.—Don Martin en mangas de camisa y con tirantes que hacen que el pantalon suba mucho, se incomoda con el oficial de sastre que le prueba aquella prenda.

ESCENA PRIMERA.

DON MARTIN, JULIANA.—UN SASTRE—UNA MODISTA.

MAR. Basta.—(Con tanto tiron
el buen oficial me valda!)
JUL. Está preciosa la falda.
MAR. Me conviene el pantalon.
Uff! hará usted un desastre.
Si no necesita enmienda.
JUL. Diga usté que iré á la tienda.
(A la modista que se marcha.)
MAR. Que venga mañana el sastre.
(Al aprendiz —que se marcha tambien.)
No puedes estar mas guapa.
(Á Juliana con entusiasmo.)
JUL. Ni usted puede estar mejor.
MAR. Juliana!
JUL. Martin!...
MAR. (Qué amor!
—No me cambio por un Papa.)
Dentro de un momento al fin...
al fin serás mi mujer.
JUL. ¡Don Martin qué voy ha hacer!
Qué voy á hacer don Martin!
MAR. Calmar mi dulce tormento.
¿No ves que por ti deliro?

JUL. Ay!
Qué indica ese suspiro?
JUL. (Indica remordimiento.)
MAR. Se extravia tu cabeza
ó es que el valor te abandona?
JUL. No señor. (¡Pobre Carmona!)
MAR. Mujer habla con franqueza.
JUL. Yo... la... ¡qué sofocacion!
—Si he de quedarme en la casa
no inquiera usté lo que pasa
dentro de mi corazon.
MAR. Ese amoroso dislate
no es acaso natural!
Mi dulce bien!
JUL. (Carcamal!)
MAR. Rosa del cidrá!
JUL. (Petate.)
MAR. Aumentan sus emociones
mi amor imperecedero;
feliz. (*Quiere besarla la mano.*)
JUL. Zape! que no quiero
que me dé usté besucones.
MAR. Ese agráz me hace morir
á par que enfria mi fé.
Querubin!..
JUL. Vistase usté
y déjeme usted vestir. (*Se marcha foro derecha.*)
MAR. A mi dicha me abandono.
—¡Aún finje que me desprecia!
Esa... esa es la Lucrecia
del siglo décimo nono.

ESCENA II.

DON MARTIN, LUIS.

MAR. Has hecho ya mis encargos!
LUIS. Si.—Ya todo está corriente.
MAR. Bien, Luisito.—bien—tú al ménos.
me pagas lo que me debes
y si muriese sin prole
tuyos serian mis bienes.

LUIS. No hable usted de eso.
MAR. Aunque estoy
robusto como á los veinte. (Riendo.)
Eh! qué alegria si aun
tuviese dos ó tres nenes
de ensortijados cabellos
y rubicundos mofletes...
¡Oh! deliciosa esperanza!
—¿Me has dicho que los papeles..!
el cura... los dúlces..?
LUIS. Todo.
MAR. ¿Avisados los parientes?
LUIS. Dentro de breves instantes
quedará usted para siempre
unido á Juliana.
MAR. (Oprimiéndole la mano con efusion.)
Gracias.
Tambien el placer conmueve;
(Saca el pañuelo y se enjuga los ojos.)
estoy llorando de gozo
lo mismo que un mequetrefe.
LUIS. (La segunda infancia.)
MAR. Ah!
Se me olvidaba...—á las nueve
cenaremos.—Pide en L'hardy
algo *recherché*—comprendes;
pero al mismo tiempo sólido
porque el caso lo requiere.
LUIS. Voy al momento.
MAR. Y dispensa
porque estoy...
LUIS. Naturalmente.

ESCENA III.

DON MARTIN.

Afirmarán que derrocho,
pero lo requiere el caso;
vaya! á las ocho me caso.
¡Nos bendicen á las ocho!!

Oh! emociones hechiceras
que á mi edad no conocia!
—En fin, es tal mi alegria
que casi bailo habaneras.
(Baila y tararea habaneras.)
—Quieto, no vaya mi nuca
contra la alfombra á parar.
(Contoneándose delante de un espejo.)
¡Qué apostura!—qué mirar!
Ay! no he comprado peluca
y esta es de piel de camello.
—Lo peor es que ahora acierte...
(Poniéndose precipitadamente la levita.)
Bien dicen que nuestra suerte
pende á veces de un cabello.

ESCENA IV.

DON MARTIN, DOÑA NIEVES.

NIEV. Vengo por última vez.
MAR. Cómo—piensas ausentarte
de Madrid?
NIEV. Vengo á salvarte.
MAR. No he visto igual pesadez!
Pero hermana por san Blas
esto ya raya en locura;
¿Cuando está esperando el cura
quieres que me vuelva atras?
NIEV. Recuerda que eres Guedea
y Carvajal y Lebrija
y que tu novia es la hija
de un jornalero de aldea.
MAR. Basta.
NIEV. Que no por amor
sino por vil interés
se casa.
MAR. Pues si asi es
mejor y siempre mejor.
NIEV. Pero Martin!
MAR. Que no cedo.
NIEV. Por Dios medita un segundo,
sobre lo que dirá el mundo...
MAR. El mundo me importa un bledo.

Manía de Barrabás
fuera el que yo me callára
como un nécio, y me casára
á gusto de los demás.
NIEV. Si no es eso...
MAR. El que me agovia
y mi proceder afea
incuba acaso la idea
de que le endose mi novia?
NIEV. No.
MAR. Busque en Alejandria
otra que su amor aplaque
que lo que es yo! voto al Draque!
no pienso ceder la mia.
Juliana tiene talento
y cambiará pronto.
NIEV. En nada—
una criada es criada
hasta el último momento,
y como de vil ralea
por mas que un dia te asombre
degradará nuestro nombre
en la córte y en su aldea.
¡Sin contar que si un Tenorio
en tu hogar pone su planta.....
MAR. Le cojo por la garganta
y le mando al purgatorio.
Pero basta—no me asusto
aunque halle el infierno al paso
—me caso hoy mismo y me caso
porque soy hombre de gusto.
NIEV. Estás resuelto?
MAR. Lo estoy.
NIEV. No cambiarás...
MAR. Desvario.
NIEV. Para siempre, hermano mio.
MAR. Para siempre desde hoy.
NIEV. Solo he conseguido...
MAR. Un trepe.
NIEV. Pues tengo la obligacion
de hacerte una observacion
mas grave *que la de Pepe*.

Existe en la nueva grey
que léjos de mi has formado
un hombre oscuro—un criado
que pronto será tu rey.

MAR. ¡Qué lengua de Satanás!
NIEV. Mi experiencia te lo abona...
—desconfía de Carmona.
MAR. Porqué?
NIEV. Pronto lo sabrás.

ESCENA V.

MARTIN.

Por fuerza la inspira el diablo!
Si habrá dicho la verdad...?
Lo cierto es que el tal sargento
no hace aquí mas que tragar
y contar lances del tiempo
de la burra de Balan.
—Pero vá á ser primo mio—
primo por afinidad
y si...¡Qué dirán las gentes!
Espantoso «qué dirán»
siempre delante—No importa,
ántes que todo es mi paz.
Carmona! (Llamando.)

ESCENA VI.

DON MARTIN, CARMONA. con un papel.

CAR. Presente— estaba
con la cuenta semanal
de la lavandera.
MAR. (Aquí
se plancha y se lava mas!...)
CAR. Ay! (Suspirando.)
MAR. Está usted indispuesto?
CAR. Vaya! pús no lo he de estar
si tengo toita er alma
partia por la mitad
MAR. Hombre!
CAR. Desde hase do dias

que estoy tragando arquitran.

MAR. Porqué causa?

CAR. Por...—Son cosa
que no se pueen contá,
penas que tienen los hombres
mas negras que er cuervo y mas.....
¡Ay! fatiga! y quién pudiera
morirse!

MAR. (Es un charlatan.)
—Ya sabe usté que me caso,
Carmona.

CAR. Con un coral,
—con la perla mas presiosa
de las conchitas d'er mar.

MAR. Y como tal vez me marche
con mi muger á viajar,
(Aparece Juliana por la derecha.)
he dispuesto...

CAR. Que tambien
yo me naje..?

MAR. Es natural.

ESCENA VII.

DICHOS, JULIANA.

JUL. Cómo!—Le despide usté?...

MAR. Si. (Con gravedad.)

CAR. Ya me marcho.
(Con intencion mirando á Juliana.)

JUL. (Profundamente afectada.) (Se vá..
El corazon se me parte.)
Bien. (Haciendo un esfuerzo.)

MAR. (El momento es fatal.)

CAR. (Y m'a plantao!!)—No yores
manojito d' arrayan
que son tus ojos luseros;
que son las lágrimas cal;
y yorando por Carmona
siega te pues quear.

MAR. No es el caso para tales
estremos—ya se verán
ustedes.

CAR. Arrastra cola
como hase el pavo rial;
mientras me ponen un fereutro
y me canta un sacristan
aquello que ise:—Vete
y no guervas pó aquí mas.
JUL. Yo...tú ..
MAR. Pero á qué conduce
tanta y tanta vaciedad?
CAR. Me voy á buscá los trastos,
que tengo pá trabajá
en el escritorio—aluego
sargo...y á la eterniá.

ESCENA VIII.

DON MARTIN, JULIANA.

JUL. No, Carmona... (No pudiendo dominarse mas.)
MAR. Déjale. (Deteniéndola.)
JUL. Dice que se vá ha matar.....
MAR. Pues que se mate ¡caramba!
mi casa no es hospital,
ni refugio.....
JUL. En ese cáso
quede usté con Dios.....
(Indicacion de marcharse.)
MAR. ¿Te vás?
JUL. Me voy.
MAR. Quieta aquí—ó llamo
á un guardia municipal. (Deteniéndola.)
JUL. Ay! señor, es que los pobres
tenemos mas caridad—
daré en pensar en su suerte;
le veré triste, sin pan,
sin casa—corriendo el mundo,
maldiciendo mi caudal!
y qué quiere usté!—esta idea
constante me matará.
MAR. (Es un ángel,)
JUL. (Llorando.) Dios nos manda
proteger á los que están
sin destino...

MAR. (Pobre chica—
es un libro de moral!)
JUL. A los parientes que sufren
y lloran...
MAR. Es la verdad.
JUL. ¡Qué no sentirá usté un dia
al saber—y lo sabrá
pronto—que ha muerto Carmona
en el fondo de un desvan!
MAR. (Pues no estoy llorando.)
(Juliana y D. Martin lloran en silencio.)
—Basta,
te quiero y soy liberal.—
Me portaré con tu primo
como no puede esperar.
JUL. Señor!...
MAR. Que compre en su pueblo
para que me deje en paz
una casita modesta;
barbechos de pan llevar
y una yunta.—¿Estás contenta?
JUL. Ah! Señor cuánta bondad!
MAR. Ya te he dicho y te repito
que yo soy muy liberal.
(Don Martin abre el secreter y saca varios paquetes de mil duros en billetes—atados estos con una cinta de balduque.—Los desata, Juliana los examina con curiosidad y separa tres hasta que don Martin la detiene.)
JUL. La vida le diera á usté
si se la pudiera dar...
MAR. Con tu cariño me basta..
JUL. Martin! (Con mucho cariño.)
MAR. Paloma torcaz!
Eh! poco á poco, hija mia
coges tres mil duros...
JUL. Bah!
¿No son mios? (Con coqueteria.)
MAR. Si, Juliana.
(Nada le puedo negar.)
JUL. Escríbale usté dos lineas.
(Don Martin se sienta y escribe.)
MAR. Haré de un modo formal

el donativo.

JUL. Si, si;
que nadie pueda dudar.

MAR. Le doy esto porque...es pobre
y porque es mi voluntad.
(Cierra la carta y se la dá á Juliana.)
Toma—dásela á tu primo.—
Dile que no vuelva mas
y que se marche esta noche.
¿Comprendes? (Toma el sombrero.)

JUL. ¿Y usted se vá?..

MAR. Corro á la peluqueria.

JUL. No tardes. (Con coqueteria.)

MAR. Qué he de tardar...!
(Se queda mirándola embelesado—Juliana le dá un golpecito con el indice en la barbilla.)

JUL. Bobote!

MAR. Chachita mia! (Trasportado.)

JUL. A Dios.

MAR. Oh! felicidad!
Oh! mujer encantadora!
¡Oh! Juliana celestial!
(Se marcha haciendo estremos.)

ESCENA IX.

JULIANA.

Los duelos con pan son ménos—
—Carmona me olvidará—
todo se olvida en el mundo... (Con tristeza.)
—No le olvidaré jamás.— (Con enerjia.)
Ay! porqué di con un viejo
que se quisiera casar!!

ESCENA X.

JULIANA, CARMONA, con un rolló de papeles debajo el brazo.

CAR. Señora... (Quitándose el sombrero.)

JUL. Esa reverencia,.. (Con pena.)
(Pausa corta.)

CAR. He sio una vez sordao
y á causa d'osté m'andao
por dos veces la lisensia.

JUL. Ya vés que mi porvenir...

CAR. Si osté á mi no me queria
porque me dijo osté un dia
seré tuya hasta morir?

JUL. No seas por Dios mi azote!

CAR. ¿No habia osté averiguao
que yo era un probe sordao
sin mas fincas que er capote?
¿O pá echala é señora
y paseá de brasete
camelaba osté un soquete
á quien isí, como ahora;
—»Sin fundamento t'enquíetas
que si te quise te dejo
porque he trastornao á un viejo
que tiene muchas pesetas?»—

JUL. Antes de tratarme asi
entérate de esto.
(Presentándole los billetes y la carta.)

CAR. (Rechazándola) Aparta.....

JUL. Mira...

CAR. Qué ise esa carta?

JUL. Lo que hemos hecho por tí.

CAR. ¡Vusotros!!—Que me destruya
un toro marrajo y fiero
—que m'aspease primero
—que'armetí yo cosa tuya.
—Has yegao á suponer
que la plata que farsina
es la mejor meisina
para dejá de querer!
Guarda ar punto ese dinero
en el fondo del arcon
que tengo yo un corason
mas grande qu'er mundo entero,
Toa tu fortuna ensierra
y déjame dir en calma
que er cuerpo que está sin alma
solo nesesita tierra.

JUL. Son tres mil duros Carmona.

CAR. Bah! ¿y qué fortuna es esa?
—Mas valia la promesa
que me jisiste en Pamplona.

JUL. Puedes comprar...
CAR. Sajumerio.
JUL. Casa...
CAR. Yo casa sin ti!
JUL. Yunta...
CAR. Pá que tire é mi.
JUL. Y tierra!
CAR. Pá un siminterio.
JUL. No digas tal disparate.
CAR. Y er orbidao qu'aspera?
JUL. Pero quieres que yo muera!
CAR. Y tú quieres que me mate!
(Con mucha ternura.)
Vervenita de albejaca
ahuecá con el rosio
de este tierno queré mio
que dengun consuelo aplaca.
—Palomita que al volar
de un tejao á otro tejao
sin quererlo t'as marchao
léjos de mi palomar.
Sal juyendo de la córte
—hoy mesmo—al soná las ocho
que no vale un viejo chocho
lo que un moso é mi porte.
—Deja esta tierra, arma mia,
con su dinero y sus galas—
—tiende ligera las alas
y vente á mi Andalusia.
—Vente donde nasen flores
al pié de de los retamares
—donde hay cañas y olivares
y pájaros cantaores.
—Vente léjos de la guerra
que aqui buscas con empeño
adonde arruyen tu sueño
las tórtolas de la sierra.
Conmigo al palmar irás,
si mi afleuto solisitas
yo te cojeré parmitas
y tú te las comerás.
Anda, que este afán te abona

lo que yo te estoy amando.
—Guerve revoloteando
al palomá de Carmona.
—Guérveme lo que te dí;
esperansa y alegría.
—Guerve, vervenita mia,
á floresé para mí.

JUL. Ay! Carmonilla concluya
tu afán.

CAR. Quieres que recobre?..
Acaba...

CAR. Viviré pobre
pero en cambio seré tuya.

CAR. Eso es tené'distinsion!

JUL. No lo puedo resistir;
cuando te veo sufrir
se me parte el corazon.

CAR. Pus guerve con deligensia
ese dinero al armario.
(Dando los billetes á Juliana é indicando el secreter.)

JUL. Si, Carmona, es necesario.
(Guarda los billetes en el secreter de D. Martin.)

CAR. Tranquila está mi consensia.

JUL. Y la mia.

CAR. No consibo
que le haga falta á mi afán
mas que un peaso de pan
á la sombra de un olivo.

JUL. Y don Martin!.. (Con tristeza.)

CAR. No me agovia
pensar en su suerte mala,
porque toito lo regala
el hombre ménos su novia.
Y en suma.—es un buen señó—
mas no pudiendo tú amarle
jamás, con desengañarle
le hasemos un gran favó.
(Juliana dá un suspiro y dice dando una mano á Carmona.)

JUL. En fin tú eres el primero,—
resuelta estoy.

CAR. Pues t'aspero
en la estasion á las ocho.

—Que no fartes, arma mia,
mi corason, mi Juliana.... (Con mucha ternura.)

JUL. Descuida—estaré mañana,
contigo en Andalucia.

CAR. Uy! reina de mis amores!
Ya están para tu consuelo
toás las campanas á vuelo
y de gala toás las flores!

ESCENA XI.

JULIANA.

He podido ser señora,
pero cargar con un viejo
cuando existe un real mozo
que está por mis ojos muerto,
jamás.—Mi pecho es mas noble;
si su amor es verdadero
que me perdone al pensar
la ley que que á Carmona tengo.

ESCENA XII.

JULIANA, DON PEPE, mirando con recelo.

PEP. (Martin ha salido.—Está
(Mirando á Juliana que está vuelta de espaldas.)
sola.—Temerario y ciego
vengo á ver si aún es posible
romper este casamiento,
que no hay valor en la tierra
mayor que el que dán los celos.)

JUL. Ay! Don Pepe! (¿Qué hago yo
para alejar á este nécio?)

PEP. Tulipan.

JUL. (Si yo inventará
algun peregrino enredo
para que este buen señor
me ayudára en mis proyectos...)

PEP. Mira si te quiero aún—
¡todo lo arrostra mi afecto!
Te casas! te casas! (Con desesperacion.)

JUL. (Muy compunjida.) Si.

PEP. ¿Pero has pensado un momento

en la suerte que te aguarda?
JUL. Ay! señor!
PEP. ¿No te dá miedo
enlazarte con un hombre
que pudiera ser tu abuelo?
JUL. Y qué hacer?—Abandonada,
triste, sin ningun dinero... (Llorando.)
PEP. Cómo! ¿Y por eso te unes
á Martin?
JUL. Si hallase medio
de romper, hoy mismo diera
al traste con mis proyectos.
PEP. (Oh ventura inesperada!)
JUL. (Veamos cuál es su intento.)
PEP. Pues yo me ofrezco á salvarte.
JUL. Usted, señor?
PEP. Al momento;
pero es forzoso que huyas
de Madrid.
JUL. Yo no comprendo...
PEP. Pues no hay otra disyuntiva;
la fuga ó el Himeneo.
JUL. Pero qué ha de ser de mi?
quién me amparará?
PEP. Mi afecto.
JUL. Y á dónde voy?
PEP. A Leon.
JUL. Sola he de ir?...
PEP. Ni por pienso.
JUL. Vá usted conmigo?
PEP. Está claro.
JUL. Tiene usted casa?
PEP. La tengo.
JUL. Casa antigua?
PEP. Solariega.
JUL. En el campo?
PEP. Entre los cerros.
JUL. Y me lleva usté de ama?
PEP. Si accedes á mis deseos.
JUL. (Ah! picaro!)—Bien quisiera
pero marcharme tan léjos!..
PEP. Mira que la suerte es calva;

que estoy solo, que soy viejo;
que mi patrimonio es grande
y que no tengo herederos,
vamos—decídete al punto.

JUL. Pues bien está—me resuelvo.
Es usted mi perdicion,
don José!

PEP. Y tú mi embeleso.

JUL. Pero es preciso que usté
que es hombre audáz y sereno
entretenga á don Martin
en tanto que yo...

PEP. Comprendo.

JUL. Mucho cuidado...

PEP. No temas,
yo me pinto para esto.
—Vete á la estacion del Norte
en un carruage.

JUL. Allí espero?

PEP. Sí; pero toma billetes
para Leon, por si llego
tarde—asientos de primera.
Se me olvidaba.—Dinero. (La dá un billete.)

JUL. (Con él he de socorrer
á los pobres de mi pueblo
para que huelguen á espensas
de este pobre caballero.)

PEP. Mira que el tiempo se pasa
y que has de volar.

JUL. Pues vuelo.
(Cuando él llegue á la Montaña
yo llegaré á Ciempozuelos.)

ESCENA XIII.

DON PEPE.

Lance mas original!—
—¡qué Madrid se escandalice,
robarla como quien dice
del tálamo conyugal!
Al ir á la sacristia
cuando el sacerdote espera...

Oh gloria!—hay un calavera
en España todavia!

ESCENA XIV.

DON MARTIN, DON PEPE.

PEP. (Martin...—Valor!)
MAR. (Con recelo.) Aqui tú?
PEP. Qué hay en eso que te asombre?
MAR. No hay nada.—(Temo á este hombre
lo mismo que á Belcebú.)
PEP. Diferencias lamentables
nuestro afecto han destruido...
(Acerca una silla y se sienta, D. Martin le mira con asombro y hace lo mismo.)
MAR. Es verdad.
PEP. Pero hemos sido
amigos inseparables.
MAR. Cierto.
PEP. De modo que al irme
para siempre á Portugal
me ha parecido muy mal
no venir á despedirme.
MAR. Tú te vás?
PEP. Y por razon
de salud no por capricho,
pues los médicos han dicho
que tengo enfermo un pulmon. (Tosiendo.)
MAR. Hombre, tú?
PEP. Algun desliz...
MAR. Pues ya la edad...
PEP. No me absuelve.
MAR. (Está visto—este no vuelve.)
PEP. (Me cree muerto el infelíz.) (Riendo.)
Y á ti Martin, no te agovia
ningun mal?...
MAR. Nada.
PEP. Oh! protervo!
MAR. No hay variacion—me conservo
como el puente de Segovia.
PEP. Y vás al altar?
MAR. Sereno.
PEP. Sin temer?...

MAR. Nunca he temido.
PEP. Dios te haga un buen marido.
MAR. Descuida.—Seré muy bueno.
PEP. (Me deleita ver su calma.) (Riendo con malicia.)
Os amais! (Con fingida pena.)
MAR. Cuál dos palomos!
(Á media voz y con intencion.)
En una palabra.—Somos
dos existencias y una alma.
PEP. Pues que Dios premie tu afán
y dé prole á tu muger.
MAR. Descuida— pienso tener
por lo ménos la de Abraham.
Ni que estuviera yo chocho.
PEP. No vayas como otros mil
á ser tirano, incivil...
MAR. Pepe, me caso á las ocho.
PEP. Que tu lengua no la increpe
cuando ella tenga razon
—paciencia, resignacion...
MAR. Me caso á las ocho, Pepe.
(Cada vez más impaciente.)
PEP. Permiteme—á ver el pulso...
(Queriendo tomarle el pulso.)
MAR. Quíta hombre...
PEP. —Has de dejarte
(Le toma el pulso.)
Martin, no puedes casarte
hoy. (Asustado.)
MAR. Porqué?
PEP. Porque estás convulso.
MAR. Báh! (Con rabia y desprecio.)
PEP. La cosa no es tan nimia.
MAR. Soliloquia, Soliquia... (Queriendo irse.)
PEP. Pero hombre, y si en la parroquia
(Poniéndose delante.)
te dá...
MAR. Qué?
PEP. Una lipotimia ..
MAR. Por vida del sí bemol!
PEP. Permiteme que te esplique...
MAR. Soy acaso un alfeñique

de esos que sacan al sol?

PEP. Yo tengo...

MAR. Muy mala fé.
—¿porqué he de caer postrado?

PEP. Tu pulso...

MAR. Es de enamorado.

PEP. Es de viejo.

MAR. Don José! (Fuera de si—pausa.)

PEP. Pues nada—corre á la lid;
pero creeme—acabas mal.

MAR. Concluye tú en Portugal
tambien como yo en Madrid.

PEP. Mucha prudencia...
(Volviendo á tomarle la mano.)

MAR. (Desasiéndose con rabia.) Demonio!
—esto ya raya en locura—
¿te has propuesto por ventura
impedir mi matrimonio?

PEP. Yo, Martin! yo! —No vacilo...
(Ya oigo el coche—se ha marchado.)
(Con alegria.— despues de haber escuchado.)
Corre al altar, desdichado,
y despósate tranquilo.

MAR. Gracias á Dios!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA NIEVES, muy agitada.

NIEV. Qué sucede?
¿qué ha pasado aqui?

MAR. Estás loca.—
¿Aqui?

NIEV. Contesta.

MAR. Habla tú.

NIEV. Esperaba hace una hora
paseándome en la calle
el instante de la boda,
cuando en esto llega un coche
á tu puerta..

MAR. Y qué te asombra?...

NIEV. Veo que cargan baules...

MAR. Baules de qué?

NIEV. De ropa.
Y luego...
MAR. Acaba por Dios.
NIEV. Se marcha Juliana sola.
MAR. En el coche.
NIEV. Yo la he visto—
yo misma.
MAR. Misericordia!
(Al ir á lanzarse por el foro derecha se detiene mirando á Pepe que no sabe que hacer.)
pero, qué rayo de luz...
PEP. (Malo! ya estalló la bomba.)
MAR. Oh! tu visita, tu viaje...
tus palabras maliciosas...
tu palidez..! miserable!
una intriga tenebrosa
se oculta aquí—lo comprendo;
pero es fuerza que respondas.
¿Dónde vá?—¿qué has hecho de ella?
Mi novia, infame! mi novia!
(Sacudiéndole por el cuello.)
Te has atrevido á robármela
en la noche de la boda!
Fuego de Dios!—necesito
beberme tu sangre toda.
Qué es de ella?
PEP. Que huye conmigo
á Leon, porque me adora.
Ya lo sabes.—
MAR. ¡¡Maldicion!!
(Se deja caer sobre una silla ocultándose el rostro entre las manos.)
NIEV. ¡La inocentita! la joya!!
MAR. Pero es posible que quepa
tanta infamia en una sola
mujer...—ingrata! ¡perjura!
Y era mi dicha, mi gloria!
¿Porqué el alma reverdece
en un cuerpo que se agosta?
¿Porqué no envejecen juntos
para no servir de mofa
á la sociedad?—¡Y lloro...

y este llanto me sonroja!
—Me mato. (Levantándose con resolucion.)

NIEV. Martin! (Abrazándose á su hermano.)

MAR. Me mato.

NIEV. A tu edad!

MAR. Si, me abandona
la razon—compro un rewolver;
lo lleno de balas cónicas
y me pego cuatro tiros
en el cielo de la boca.

PEP. Vuelve en tí, Martin.

NIEV. Por Dios .!

MAR. Llora, desgraciada, llora,
que las nupcias se han cambiado
en fúnebres ceremonias.

NIEV. Ay! de mi!

MAR. (A Pepe.) Corre á buscar
á esa sierpe engañadora,
encanto ayer—hoy desdicha—
y con soberbia oratoria
cuéntale como estoy loco,
como está mi muerte próxima,
y como dejo este mundo
para olvidar su memoria.
—Quizá muy pronto la ingrata,
vestida de negras tocas,
una lágrima derrame
sobre mi desierta losa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUIS, con una carta.

LUIS. Lea usted. (Dando la carta á don Pepe.)

PEP. Yo? (Con sorpresa:)

MAR. Ah! qué idea!
(Acercándose con viveza á Pepe.)
¿Es..?

PEP. Para ti. (Á Martin.)

LUIS. Ya lo sé; (Interponiéndose.)
pero conviene que usté
ántes que nadie la lea.

PEP. (Lee.) «Muy señor mio y amigo:

»la cara al escribir tuerzo,
»pero al cabo hago un esfuerzo
»y lo que pasa le digo.
»—Vá usté á recibir un palo—
»lo escribo sin retintin—
»mas qué hacerle, don Martin,
»el hombre ha nacido malo.
»Juliana y yo nos tenemos
«ley.

NIEV. Qué tal! (Con mucha alegria.)

PEP. (Lee con desesperacion:)
»No somos primos—
»allá en Pamplona nos vimos:
»desde entonces nos queremos.
¡Inaudita avilantéz! (Tirando la carta con rabia.)
A ninguno de los dos! (Refiriéndose á don Martin.)
¡A él!!

MAR. Justicia de Dios. (A Pepe.)

PEP. ¡Dos víctimas á la vez!
(Dejándose caer con desesperacion sobre una silla.)

LUIS. Lea usted. (Recoge la carta y se la dá á don Martin.)

MAR. (Leyendo.) «Nada tenia—
»usted con bienes contaba
»—á su novia se los daba—
»yo le daba el alma mia.
»—Rica y feliz iba á ser—
»yo al rio me iba á tirar
»—lo supo—me vio llorar
»y al fin venció mi querer.
»Por eso al cerrar el dia,
»aunque su pena sabemos,
»grullas de paso volvemos
»al suelo de Andalucia.
»Usted llorará á destajo
»pero piense usté un segundo
»que no nos queda en el mundo
«mas consuelo que el trabajo:
»y que tiene algun valor
»por mas que culpa me sobre
»aquel que siendo tan pobre
»se contenta con su amor.»
—Pues no lloro pese á tal! (Declamando.)

cuando el despecho me abruma!
Envíales esta suma.
(Dando dinero del secreter á Luis.)

LUIS. Esto es pagar bien por mal.

MAR. Este es un destello triste
del pecho que en su arrogancia
medir quiere la distancia
que entre nosotros existe.

PEP. Pues yo estoy hecho una fiera,
mujer vil! hombre embustero!!
Pensar que con mi dinero
están viajando en primera!

LUIS. No bien llegué, comprendí
lo que suceder debia.

MAR. Tú?

LUIS. Pero ni usted podia
por desgracia, creerme á mi,
ni ver como los demás.
—El amor ciega y halaga;
entónces dije:—Que haga
lo que hizo santo Tomás.

MAR. Vi y toqué!!

LUIS. Y sin debate—
sin convertirse en esclavo
ha conocido usté al cabo
que iba á hacer un disparate.

NIEV. Jesús! parecia un barbo.
¡Tan torpe! tan vanidosa!

PEP. Ay! no, que era muy rumbosa. (Suspirando)

MAR. Si hermana—tenia garbo.

PEP. Habia un *chic* en su cuello...

MAR. Y en su faz unos matices..!
—En fin, que sean felices..!
que ya tienen para ello.
Aunque tu ayuda fué escasa (A Luis.)
y este desenlace oprima
mi alma—te uno á tu prima
y te regalo esta casa.

LUIS. Cómo! accede usted?...

NIEV. —¡Qué escucho!...

LUIS. Generoso corazon!

MAR. Mas pongo una condicion;

—habeis de cuidarme mucho.

LUIS. Oh! (Oprimiéndole las manos con efusion.)

MAR. Porque las penas mias
hoy han tomado tal vuelo
que si no encuentro consuelo
sucumbo ántes de tres dias.

(Luis y doña Nieves le abrazan y hablan con él. Don Pepe los observa conmovido visiblemente.)

PEP. (De tan noble proceder
me deleita ser testigo.)
(Tomando una resolucion generosa.)
¡Pícaro orgullo!—Un amigo
vale mas que esa mujer!
(Acercándose á Martin y cogiéndole la mano—con voz conmovida.)
Martin...!

MAR. (Con desconfianza.) Me la dás con zumba?

PEP. Basta de nécia arrogancia.
(Abriendo los brazos.)
Amigos desde la infancia...

MAR. (Precipitándose en los brazos de su amigo y estrechándole con efusion.)
Amigos hasta la tumba!

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Gossart.
Almería	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	Gonart.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	H. de Delmas.
Búrgos	Rodriguez.
Cáceres	Jimenez.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañía.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. María de Soto.
Ceuta	M. G. de la Torre
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Víuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é híjo.
Huesca	Guillen.
Isla de Pto. Rico..	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jeréz	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañía.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando.	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C de Tenerif.	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian..	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Hijos de Fé.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. García.
Valladolid	Nuevo.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V.ª de Heredia.